

MEDINA, Cristián E. y GARAY VERA, Cristian: *La política de la Tierra. Jaime Larraín García-Moreno 1896-1975*, Universidad Católica de la Santísima Concepción / Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2008.

El presente volumen nos acerca a diferentes aspectos de la vida y obra de Jaime Larraín García-Moreno: activista católico, político, líder gremial, empresario, etcétera. El trabajo parte de una colaboración de dos destacados historiadores chilenos: Cristian Medina, ya había tratado el tema con anterioridad, su tesina de licenciatura, en el seno del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, llevaba por título *Jaime Larraín García-Moreno. Sus principios, sus ideas y su acción gremial*. Cristian Garay Vera, por su parte, lo había hecho de forma colateral, al realizar diversos trabajos sobre los partidos Conservador y Agrario Laborista.

El personaje biografiado era hijo de Raimundo Larraín Covarrubias y de Ana Luisa García-Moreno Flores. Su madre, hija de Pedro Pablo García-Moreno, era sobrina del presidente mártir del Ecuador, Gabriel García-Moreno, asesinado el 6 de agosto de 1875. Su padre descendía de Santiago Larraín Vicuña, quien se asentaría en Chile, a comienzos del siglo XVIII, después de ocupar diversos cargos en la Audiencia de Quito. Con los sucesos que llevarían a Chile a proclamarse independiente de las Españas la familia Larraín va a dividirse en dos ramas: la *Marquesa*, que apoyaría al bando llamado realista, y la de los «ochocientos», que va a tomar partido por el bando de la secesión. Desde ese momento la familia Larraín va a estar estrechamente unida a la historia de Chile: políticos, intelectuales, artistas, empresarios, religiosos, y hasta santos, cuenta la familia en su haber.

El libro tiene tres partes claramente diferenciadas, una que hace referencia a su actividad político-partidista; otra que lo hace más bien a su faceta gremial; y finalmente, otra dedicada a estudiar su pensamiento. Puede, no obstante objetarse, que el orden de los capítulos, y la materia tratada en ellos, no sea el más acertado para conseguir una visión de conjunto más comprensiva para el lector neófito.

En relación a su participación política los autores nos cuentan que en sus años de juventud perteneció al Partido Conservador, por el cual sería elegido diputado por Valparaíso y Casablanca para el periodo 1921-1924; integrando la Comisión Permanente de Legislación Social. En años posteriores, a principios de la década de los 30, se le vería integrando los círculos de Acción Católica, junto a Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira, Clotario Blest, Eduardo Frei, Manuel Garretón, etc. La figura del padre Fernando Vives, la Liga Social y la ANEC son claves en este momento.

Tras unos años de ausencia en la vida partidista volvía ser electo, en 1945, senador por la zona de Bío-Bío, Malleco y Cautín. Comienza así una nueva etapa de su carrera política que le llevaba a ser propuesto como precandidato presidencial por el recién creado Partido Agrario Laborista (PAL), pero la convención de derechas resulta todo un fracaso personal. La derecha tradicional le consideraba un *outsider*, un «actor partidista marginal», un «fascista encubierto», un «revolucionario» peligroso. Se objetaron sus propuestas en torno a la reforma agraria, a la concepción de la empresa o la función social de la propiedad. Jaime Larraín decide ingresar en el PAL, con el que ya venía colaborando, convirtiéndose en su líder más destacado, y ocupando brevemente su presidencia.

El idilio dura tan sólo unos pocos años y en 1951 renuncia a su militancia, tras ver frustrada nuevamente su candidatura presidencial, esta vez frente a la carismática figura del general Carlos Ibáñez del Campo; pero no se trataba de orgullo, más bien denunciaba las manipulaciones del PAL al pactar con el proscrito Partido Comunista el apoyó a Ibáñez.

Jaime Larraín y los suyos pasan a fundar el Partido Nacional Agrario, que posteriormente se convertiría en Partido Agrario. En las elecciones de 1957 Larraín y los suyos deciden prestar su respaldo a Frei. Desde ese momento la figura de Jaime Larraín se va apagando y tras un frustrado intento de resucitar el Partido Agrario Laborista, en 1961, permanece alejado de la política activa hasta su fallecimiento, víctima de un cáncer. Estos últimos años los autores los despachan con apenas un par de párrafos, quedando algunas preguntas en el tintero: su actitud en el proceso electoral de 1964, donde algunos de sus antiguos compañeros de viaje, y su discípulo predilecto, apoyaron inicialmente la candidatura del nacionalista Jorge Prat Echaurren; su visión del gobierno de Frei

Montalva; la elección de Allende. Hubiera sido interesante conocer estos aspectos, aunque la única fuente sobre el tema fuese lo que sus parientes y amigos hubieran podido contar a los autores.

Capítulo aparte merece su actividad gremial, donde ocupó diversos puestos como presidente la Sociedad Nacional de Agricultura (1930-1940), de la Confederación de la Producción y del Comercio (1934-1935) o del Congreso de Agricultores de Santiago en 1939. Su actividad gremial está íntimamente ligada a su pensamiento político, y a su ideal corporativo; no obstante, el gremio sería —en su visión política— «el intermediario entre el ciudadano y el Estado, el vocero legítimo de las aspiraciones del trabajo». De su seno deberían salir las «representaciones genuinas desvinculadas de la masa ciudadana».

Esto nos lleva al análisis del capítulo III, en el que los autores analizan diversos aspectos de sus ideas políticas: el papel del Estado, el derecho de propiedad, la reforma agraria, la reforma de la empresa, la reforma educacional, el papel de los partidos políticos, de las fuerzas armadas, la regionalización de un país fuertemente centralizado, el papel de Chile en el mundo, el anticomunismo del personaje, que no obstante le llevó a no apoyar la ilegalización del mismo por el gobierno de Gabriel González Videla, o, la visión de un tema tan de moda, como el indigenismo. En éste último punto, y al menos en lo que a Chile se refiere, la posición de Larraín era clara: «aquí los aborígenes no crearon ni organizaron nada trascendente. No se justifica...en ningún aspecto de la vida nacional el estar proclamando un indigenismo de tal manera inexistente entre nosotros, que para poder referirse a él es necesario trasplantar el problema a otros países».

El libro de Medina y Garay viene a contribuir a rellenar un vacío en la historiografía chilena, la de historiar la figura de los personeros más destacados de un sector político totalmente olvidado, o mal interpretado, la de aquellos que no se dejaron seducir por los cantos de sirena de la izquierda y que los sectores sociales de la derecha consideran como descastados y desleales, la de aquellos que apostaron por una tercera vía alternativa a la democracia cristiana, al fascismo o al simple populismo.